
OBRAS EN PROSA.

DE LOS NOMBRES DE CRISTO,

AÑADIDO JUNTAMENTE EL NOMBRE DE CORDERO,

DIVIDIDO EN TRES LIBROS.

A DON PEDRO PORTOCARRERO, OBISPO DE CÓRDOBA Y DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, ETC.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Dase razon y motivo de la obra.

De las calamidades de nuestros tiempos, que, como vemos, son muchas y muy graves, una es, y no la menor de todas, el haber venido los hombres á disposicion que les sea ponzoña lo que les solia ser medicina y remedio; que es tambien claro indicio de que se les acerca su fin, y de que el mundo está vecino á la muerte, pues la halla en la vida. Notoria cosa es que las escrituras que llamamos sagradas las inspiró Dios á los profetas que las escribieron, para que nos fuesen en los trabajos desta vida consuelo, y en las tinieblas y errores della clara y fiel luz, y para en las llagas que hacen en nuestras almas la pasion y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada una proprio y saludable remedio. Y porque las escribió para este fin, que es universal, tambien es manifiesto que pretendió que el uso dellas fuese comun á todos; y así, quanto es de su parte lo hizo; porque las compuso con palabras llanísimas y en lengua que era vulgar á aquellos, á quien las dió primero.

Y despues, quando de aquellos, juntamente con el verdadero conocimiento de Jesucristo, se comunicó y traspasó tambien este tesoro á las gentes, hizo que se pusiesen en muchas lenguas, y casi en todas aquellas que entonces eran mas generales y mas comunes, porque fuesen gozadas comunmente de todos. Y así fué, que en los primeros tiempos de la Iglesia, y en no pocos años despues, era gran culpa en cualquier de los fieles no ocuparse mucho en el estudio y licion de los libros divinos. Y los eclesiásticos y los que llamamos seglares, así los doctos como los que carecian de letras, por esta causa trataban tanto deste conocimien-

to, que el cuidado de los vulgares despertaba el estudio de los que por su oficio son maestros, quiero decir, de los prelados y obispos; los cuales de ordinario en sus iglesias, casi todos los dias, declaraban las santas Escrituras al pueblo, para que la licion particular que cada uno tenia dellas en su casa, alumbrada con la luz de aquella doctrina pública, y como regida con la voz del maestro, careciese de error y fuese causa de mas señalado provecho. El cual á la verdad fué tan grande quanto aquel gobierno era bueno; y respondió el fruto á la sementera, como lo saben los que tienen alguna noticia de la historia de aquellos tiempos. Pero, como decia, esto, que de suyo es tan bueno, y que fué tan útil en aquel tiempo, la condicion triste de nuestros siglos y la experiencia de nuestra grande desventura nos enseñan que nos es ocasion agora de muchos daños. Y así, los que gobiernan la Iglesia, con maduro consejo, y como forzados de la misma necesidad, han puesto una cierta y debida tasa en este negocio, ordenando que los libros de la sagrada Escritura no anden en lenguas vulgares de manera que los ignorantes los puedan leer; y como á gente animal y tosca, que, ó no conocen estas riquezas, ó si las conocen, no usan bien dellas, se las han quitado al vulgo de entre las manos.

Y si alguno se maravilla, como á la verdad es cosa que hace maravillar, que en gentes que profesan una misma religion haya podido acontecer que lo que antes les aprovechaba les dañe agora, y mayormente en cosas tan substanciales; y si desea penetrar á la origen de aqueste mal, conociendo sus fuentes, digo que, á lo que yo alcanzo, las causas desto son dos, ignorancia y soberbia, y mas soberbia que ignorancia; en los cuales males ha venido á dar poco á poco

el pueblo cristiano, decayendo de su primera virtud. La ignorancia ha estado de parte de aquellos á quienes incumbe el saber y el declarar estos libros, y la soberbia de parte de los mismos y de los demás todos, aunque en diferente manera; porque en estos la soberbia y el pundonor de su presunción, y el título de maestros, que se arrogaban sin merecerlo, les cegaba los ojos para que ni conociesen sus faltas ni se persuadiesen á que les estaba bien poner estudio y cuidado en aprender lo que no sabían y se prometían saber; y á los otros aqueste humor mismo, no solo les quitaba la voluntad de ser enseñados en estos libros y letras, y mas les persuadía tambien que ellos las podían saber y entender por sí mismos. Y así, presumiendo el pueblo de ser maestro, y no pudiendo, como convenia, serlo los que lo eran ó debían de ser, convertíase la luz en tinieblas, y leer las Escrituras el vulgo le era ocasion de concebir muchos y muy perniciosos errores, que brotaban y se iban descubriendo por horas.

Mas si, como los prelados eclesiásticos pudieron quitar á los indoctos las Escrituras, pudieran tambien ponerlas y asentirlas en el deseo y en el entendimiento y en la noticia de los que las han de enseñar, fuera menos de llorar aquesta miseria; porque estando estos, que son como cielos, llenos y ricos con la virtud de aqueste tesoro, derivárase dellos necesariamente gran bien en los menores, que son el suelo, sobre quien ellos influyen. Pero en muchos es esto tan al revés, que no solo no saben aquellas letras, pero desprecian, ó á lo menos muestran preciarse poco y no juzgar bien de los que las saben. Y con un pequeño gusto de ciertas cuestiones contentos é hinchados, tienen títulos de maestros teólogos, y no tienen la teología; de la cual, como se entiende, el principio son las cuestiones de la escuela, y el crecimiento la doctrina que escriben los santos, y el colmo y perfeccion y lo mas alto de ella, las letras sagradas; á cuyo entendimiento todo lo de antes, como á fin necesario, se ordena.

Mas dejando estos, y tornando á los comunes del vulgo á este daño, de que por su culpa y soberbia se hicieron inútiles para la lición de la Escritura divina, háseles seguido otro daño, no sé si diga peor, que se han entregado sin rienda á la lición de mil libros, no solamente vanos, sino señaladamente dañosos; los cuales, como por arte del demonio, como faltaron los buenos, en nuestra edad, mas que en otra, han crecido. Y nos ha acontecido lo que acontece á la tierra, que cuando no produce trigo da espinas. Y digo que este segundo daño en parte vence al primero, porque en aquel pierden los hombres un grande instrumento para ser buenos, mas en este le tienen para ser malos; allí quitasele á la virtud algun gobierno, aquí dase cebo á los vicios. Porque si, como alega san Pablo (a), «las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres,» el libro torpe y dañado, que conversa con el que le lee á todas horas y á todos tiempos, ¿qué no hará? ó ¿cómo será posible que no crie viciosa y mala sangre el que se mantiene de malezas y de ponzoñas? Y á la verdad, si queremos mirar en ello con

(a) 1. Ad Corint., cap. 15, v. 33.

atención y ser justos jueces, no podemos dejar de juzgar sino que destos libros perdidos y desconcertados, y de su lición, nace gran parte de los reveses y perdición que se descubren continuamente en nuestras costumbres. Y de un sabor de gentilidad y de infidelidad que los celosos del servicio de Dios sienten en ellas (que no sé yo si en edad alguna del pueblo cristiano se ha sentido mayor), á mi juicio el principio y la raíz y la causa toda son estos libros. Y es caso de gran compasión, que muchas personas simples y puras se pierden en este mal paso, antes que se adviertan dél, y como sin saber de dónde ó de qué, se hallan emponzoñadas, y quiebran simple y lastimosamente en esta roca encubierta. Porque muchos destos malos escritos ordinariamente andan en las manos de mujeres doncellas y mozas, y no se recatan dello sus padres; por donde las mas veces les sale vano y sin fruto todo el demás recato que tienen.

Por lo cual, como quiera que siempre haya sido provechoso y loable el escribir sanas doctrinas, que despierten las almas ó las encaminen á la virtud, en este tiempo es así necesario, que á mi juicio todos los buenos ingenios en quien puso Dios partes y facultad para semejante negocio, tienen obligacion á ocuparse en él, componiendo en nuestra lengua, para el uso comun de todos, algunas cosas que, ó como nacidas de las sagradas letras, ó como allegadas y conformes á ellas, suplan por ellas, cuanto es posible, con el comun menester de los hombres, y juntamente les quiten de las manos, sucediendo en su lugar dellos los libros dañosos y de vanidad.

Y aunque es verdad que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto bien felizmente, en muchas escrituras que nos han dado, llenas de utilidad y pureza; mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo se deben tener por desobligados ni deben por eso alanzar de las manos la pluma; pues en caso que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello seria mucho menos, no solo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que, conforme á nuestra necesidad, es menester que se escriba, así por ser los gustos de los hombres y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya y tan recibidas las escrituras malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los lugares fuertes se hace en la guerra, que los tientan por todas las partes y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar, eso mismo es necesario que hagan todos los buenos y doctos ingenios agora; sin que uno se descuide con otro, en un mal uso tan torreado y fortificado como es este de que vamos hablando.

Yo así lo juzgo y juzgué siempre. Y aunque me conozco por el menor de todos los que en esto que digo pueden servir á la Iglesia, siempre la deseé servir en ello como pudiese; y por mi poca salud y muchas ocupaciones no lo he hecho hasta agora. Mas, ya que la vida pasada ocupada y trabajosa me fué estorbo para que no pudiese este mi deseo y juicio en ejecucion, no me parece que debo perder la ocasion deste ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me

han puesto; porque, aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado, pero el favor largo del cielo, que Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo, me da, y el testimonio de la conciencia, en medio de todos ellos, han serenado mi ánima con tanta paz, que no solo en la enmienda de mis costumbres, sino tambien en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora y puedo hacer lo que antes no hacia. Y hame convertido este trabajo el Señor en mi luz y salud, y con las manos de los que me pretendían dañar ha sacado mi bien. A cuya excelente y divina merced en alguna manera no responderia yo con el agradecimiento debido, si agora que puedo, en la forma que puedo, y segun la flaqueza de mi ingenio y mis fuerzas, no pudiese cuidado en aquesto, que, á lo que yo juzgo, es tan necesario para el bien de sus fieles.

S. I.

Introdúcese en el asunto con la idea de un coloquio que tuvieron tres amigos en un deporte.

Pues á este propósito me vinieron á la memoria unos razonamientos que, en los años pasados, tres amigos míos y de mi orden, los dos dellos hombres de grandes letras é ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasion, acerca de los nombres con que es llamado Jesucristo en la sagrada Escritura; los cuales me refirió á mí poco despues el uno dellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar. Y deseando yo agora escribir alguna cosa que fuese útil al pueblo de Cristo, hame parecido que comenzar por sus nombres, para principio, es el mas feliz y de mejor anuncio, y para utilidad de los lectores, la cosa de mas provecho, y para mi gusto particular, la materia mas dulce y mas apacible de todas; porque, así como Cristo nuestro Señor es como fuente, ó por mejor decir, como océano, que comprende en sí todo lo provechoso y lo dulce que se reparte en los hombres, así el tratar dél, y como si dijésemos, el desenvolver aqueste tesoro, es conocimiento dulce y provechoso mas que otro ninguno. Y por orden de buena razon se presupone á los demás tratados y conocimientos aqueste conocimiento, porque es el fundamento de ellos, y es como el blanco adonde el cristiano endereza todos sus pensamientos y obras; y así, lo primero á que debemos dar asiento en el ánima es á su deseo, y por la misma razon, á su conocimiento, de quien nace y con quien se enciende y acrecienta el deseo. Y la propia y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo, y á la verdad es la mas alta y mas divina sabiduría de todas; porque entenderle á él es entender todos los tesoros de la sabiduría de Dios, que, como dice san Pablo (a), «están en él encerrados;» y es entender el infinito amor que Dios tiene á los hombres, y la majestad de su grandeza, y el abismo de sus consejos sin suelo, y de su fuerza invencible el poder inmenso, con las demás grandezas y perfecciones que moran en Dios, y se descubren y resplandecen, mas que en ninguna parte, en el misterio de Cristo. Las cuales perfecciones todas, ó gran parte dellas, se entenderán si entendié-

(a) Ad Colos., cap. 11, v. 5.

remos la fuerza y la significacion de los nombres que el Espíritu Santo le da en la divina Escritura; porque son estos nombres como unas cifras breves, en que Dios maravillosamente encerró todo lo que acerca desto el humano entendimiento puede entender y le conviene que entienda.

Pues lo que en ello se platicó entonces, recorriendo yo la memoria dello despues, casi en la misma forma como á mí me fué referido, y lo mas conforme que ha sido posible al hecho de la verdad ó á su semejanza, habiéndolo puesto por escrito, lo envío agora á vuestra merced, á cuyo servicio se enderezan todas mis cosas.

—Era por el mes de junio, á las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan á cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré á los demás), despues de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como á puerto sabroso, á la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tórmes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos dias, aconteció que una mañana, que era la del dia dedicado al apóstol San Pedro, despues de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa á la huerta que se hace delante della.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacia deleite en la vista, y sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor, y despues se sentaron juntos á la sombra de unas parras y junto á la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa á las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropeando, parecia reirse. Tenian tambien delante de los ojos y cerca dellos una alta y hermosa alameda. Y mas adelante, y no muy lejos, se veía el rio Tórmes, que aun en aquel tiempo, hinchando bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El dia era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que, asentándose y callando por un pequeño tiempo, despues de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el mas mozo), mirando hácia Marcelo y sonriéndose, comenzó á decir así:

«Algunos hay á quien la vista del campo los enmudece, y debe ser condicion de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo ó cantar ó hablar.»

«Bien entiendo por qué lo decis, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais á entender por lisonjearme ó por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía. Mas sepamos, dice, de Juliano (que este será el nombre del tercero), si es pájaro tambien ó si es de otro metal.»

«No soy siempre de uno mismo, respondió Juliano, aunque agora al humor de Sabino me inclino algo mas. Y pues él no puede agora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.»

Entonces Sabino, sacando del seno un papel escrito y no muy grande, «Aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza.»

Marcelo, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto á Sabino y riéndose: «No os atormentará mucho el deseo á lo menos, Sabino, pues tan en la mano teneis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.»

«Si fueren pobres, dijo Sabino, menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.»

«¿En qué manera, respondió Marcelo, ó qué parte soy yo para satisfacer á vuestro deseo, ó qué deseo es el que decis?»

Entonces Sabino, desplegando el papel, leyó el título, que decía: *De los nombres de Cristo*, y no leyó mas, y dijo luego: «Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, y los lugares de ella adonde es llamado así. Y como le vi, me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel; y está en él mi esperanza tambien, porque, como parece dél, este es argumento en que Marcelo ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua; y así, no podrá decirnos agora lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos á hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan á propósito de pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir á Marcelo, si vos Juliano me favoreceis.»

«En ninguna cosa me hallaréis mas á vuestro lado, Sabino, respondió Juliano.» Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, ó á lo menos pedia que tomase Juliano su parte y dijese tambien; y quedando asentado que á su tiempo, cuando pareciese, ó si pareciese ser menester, Juliano haria su oficio, Marcelo, vuelto á Sabino, dijo así: «Pues el papel ha sido el despertador desta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él, y de lo que en él estuviere, y conforme á su órden, así irémos diciendo, si no os parece otra cosa.»

«Antes nos parece lo mismo,» respondieron como á una Sabino y Juliano. Luego Sabino, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyó así:

§. II.

Explícase qué viene á ser nombre, qué oficio tiene, por qué fin se introdujo y en qué manera se suele poner.

«Los nombres que en la Escritura se dan á Cristo son muchos, así como son muchas sus virtudes y ofi-

cios; pero los principales son diez, en los cuales se encierran, y como reducidos, se recogen los demás, y los diez son estos.»

«Primero que vengamos á eso, dijo Marcelo alargando la mano hácia Sabino, para que le detuviese, convendrá que digamos algunas cosas que se presuponen á ello, y convendrá que tomemos el salto, como dicen, de mas atrás, y que guiando el agua de su primer nacimiento, tratemos qué cosa es esto que llamamos nombre, y qué oficio tiene, y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner; y aun antes de todo esto, hay otro principio.»

«¿Qué otro principio, dijo Juliano, hay que sea primero que el ser de lo que se trata, y la declaración dello breve, que la escuela llama *definición*?»

«Que como los que quieren hacerse á la vela, respondió Marcelo, y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro; así agora en el principio de una semejante jornada, yo por mí, ó por mejor decir, todos para mí, pidamos á ese mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras cuales convienen para hablar dél. Porque si las cosas menores, no solo acabarlas no podemos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca, ¿quién podrá decir de Cristo y de cosas tan altas como son las que encierran los nombres de Cristo, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu? Por lo cual desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones, supliquemos con humildad á aquesta divina luz que nos amanezca; quiero decir, que envíe en mi alma los rayos de su resplandor y la alumbre, para que en esto que quiero decir dél, sienta lo que es digno dél; y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la lengua en la forma que debo. Porque, Señor, sin tí, ¿quién podrá hablar como es justo de tí? ó ¿quién no se perderá, en el inmenso océano de tus excelencias metido, si tú mismo no le guías al puerto? Luce pues; oh solo verdadero Sol! en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo della juntamente mi voluntad encendida te ame, mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca, te hable y pregone, si no como eres del todo, á lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y solo á fin de que seas glorioso y ensalzado en todo tiempo y de todos.» Y dicho esto, calló, y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole; y luego tornó á comenzar en aquesta manera:

«El nombre, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se substituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento. Porque se ha de entender que la perfeccion de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razon, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere posible; porque en esto se avecina á Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto mas en esto creciere,

tanto se allegará mas á él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el principio general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envian sus deseos todas las criaturas. Consiste pues la perfeccion de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mio, se abrace y eslabone toda aquesta maquina del universo, y se reduzga á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que extendiéndose, y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura á Dios, de quien mana, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprehensibles, una sola perfecta y sencilla excelencia.

«Pues siendo nuestra perfeccion aquesta que digo, y deseando cada uno naturalmente su perfeccion, y no siendo escasa la naturaleza en proveer á nuestros necesarios deseos, proveyó en esto, como en todo lo demás, con admirable artificio; y fué que, porque no era posible que las cosas, así como son materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dió á cada una dellas, demás del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante á este mismo, pero mas delicado que él, y que nace en cierta manera dél, con el cual estuviesen y viviesen cada una dellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas, y todas en cada una. Y ordenó tambien que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra á las bocas. Y dispuso que las que en su ser material piden cada una dellas su proprio lugar, en aquel espiritual ser pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas; y aun, lo que es mas maravilloso, una misma en un mismo tiempo en muchos lugares.

«De lo cual puede ser como ejemplo lo que en el espejo acontece. Que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluce una misma y en un mismo tiempo en cada uno dellos, y de ellos todas aquellas imágenes, sin confundirse, se tornan juntamente á los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusion de lo dicho, todas las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento cuando las entendemos y cuando las nombramos en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razon de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

«Digo *esa misma* en razon de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme á lo dicho. Porque el ser que tienen en sí es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable y que así permanece; pero en el entendimiento que las entiende hácese á la condicion dél, y son espirituales y delicadas; y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, mas en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad, esto es, de sí mismas, é imágenes que substituyen y tienen la vez

de sus mismas cosas para el efecto y fin que está dicho; y finalmente, en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento sus nombres. Y así queda claro lo que al principio dijimos, que el nombre es como imagen de la cosa de quien se dice, ó la misma cosa disfrazada en otra manera, que substituye por ella y se toma por ella, para el fin y propósito de perfeccion y comunidad que dijimos.

Y desto mismo se conoce tambien que hay dos maneras ó dos diferencias de nombres, unos que están en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son, el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que como las entiende las declara y saca á luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, substitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay tambien esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza, y los otros por arte. Quiero decir, que la imagen y figura, que está en el alma, substituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros, que fabricamos las voces, señalamos para cada cosa la suya, por eso substituyen por ellas. Y cuando decimos nombres, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablaremos de aquellos, teniendo los ojos en estos.» Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razon, díjole Juliano:

«Paréceme que habeis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guie en todo aquello que se dice, para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusistes, habeis ya dicho las dos, que son, lo que es el nombre, y el oficio para cuyo fin se ordenó. Resta decir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello á que se ha de tener respeto cuando se pone.»

«Antes deso, respondió Marcelo, añadirémos esta palabra á lo dicho, y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imagen, que es imagen de muchos, quiero decir, que es imagen de aquello en que muchas cosas que en lo demás son diferentes convienen entre sí y se parecen; y otras veces la imagen que figuramos es retrato de una cosa sola, y así proprio retrato della, que no dice con otra; por la misma manera hay unas palabras ó nombres que se aplican á muchos, y se llaman nombres comunes, y otros que son propios de solo uno, y estos son aquellos de quien hablamos agora. En los cuales, cuando de intento se ponen, la razon y naturaleza dellos pide que se guarde esta regla, que, pues han de ser propios, tengan significacion de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es proprio á aquello de quien se dicen; y que se tomen y como nazcan y manen de algun minero suyo y particular; porque si el nombre, como habemos dicho, substituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente y cercano, y junto lo que nos es alejado, mucho conviene que en el soni-